

Alison I. BEACH / Isabelle COCHELIN (eds.)

The Cambridge History of Medieval Monasticism in the Latin West

(vol. 1: «Origins to the Eleventh Century»,

vol. 2: «The High and Late Middle Ages»)

Cambridge University Press, Cambridge 2020, XVII + XV + 1217 pp.¹

Las medievalistas americanas Alison I. Beach, catedrática de la Universidad de Saint Andrews (Reino Unido) e Isabelle Cochelein, profesora de la Universidad de Toronto (Canadá) editan esta historia del monacato del Occidente latino medieval. Cuentan con una larga trayectoria en el estudio del monacato, con numerosos artículos y libros. Beach se ha centrado en la reforma del siglo XII y en la historia de género, mientras que Cochelein lo ha hecho en los siglos XI-XII y en las costumbres de Cluny, desde una perspectiva socioreligiosa.

La obra reúne sesenta y cuatro contribuciones de más de setenta autores de trece países. La mayoría proceden de universidades del ámbito anglófono: Estados Unidos (un tercio), Canadá, Reino Unido, Australia e Irlanda, pero casi la mitad trabajan en otros países, fundamentalmente en Francia y Alemania (otro tercio), además de Países Bajos, Italia, Bélgica, Austria, Grecia y España (Pablo C. Díaz, de la Universidad de Salamanca). Ello permite ofrecer un amplio espectro de tradiciones historiográficas, aunque dominen los ámbitos anglosajón, francés y alemán, lo que también se refleja en el espacio abordado de forma preferente.

El propósito de las editoras era romper con la visión historiográfica tradicional,

evitar una síntesis que, desde el Egipto de Antonio condujese a la fundación de los órdenes religiosos pasando por Benito de Nursia, a través de sucesivas decadencias y reformas, en una línea unidireccional y predeterminada. Por tanto, no se hace una historia de los órdenes, pero tampoco una síntesis de nuestros conocimientos o un estado de la cuestión, optando por una organización temática y cronológica, a la vez que se priman los debates historiográficos y algunos aspectos metodológicos. La gran variedad de autores y temas hace que unos trabajos se acerquen más que otros a este propósito, aunque el objetivo general se respeta. Por ello, la obra no está concebida como una lectura introductoria a la historia del monacato occidental, que se presume que el lector ya conoce, sino como un punto de referencia para nuevas investigaciones. Hay que destacar que, si bien no se trata de una síntesis de la historia del monacato, muchos de los capítulos sintetizan las ideas de cada autor sobre un tema, previamente expuestas y argumentadas en sus libros y artículos o en investigaciones previas.

Otro de los objetivos era incorporar el monacato femenino como un elemento de pleno derecho, no como algo marginal y complementario del masculino. La cuestión está presente de una u otra manera en todos los capítulos, pero de forma especial

¹ N. de la Redacción: en cumplimiento de las condiciones de entrega gratuita de los ejemplares reseñados, se aportan las siguientes informaciones complementarias: ISBN: 9781107042117. Precio: 290 libras esterlinas (en papel), 42 dólares estadounidenses (electrónico).

en los de aquellas historiadoras que han trabajado desde la perspectiva de la historia de género. Esta preocupación explica, en parte, que se rebase el monacato cenobítico para incorporar otras manifestaciones de vida ascética, desde los ermitaños a las reclusas, desde las vírgenes consagradas a las beguinas que viven en el ámbito doméstico; formas de vida muy importantes entre las mujeres. Más problemas planteó la inclusión o no de los mendicantes, cuyos límites con el monacato tradicional son difusos y cuyo tratamiento ha sido decidido por cada autor.

La obra se publica en dos tomos con dos secciones cada uno, divididas por criterios cronológicos. Los puntos de inflexión son el monacato carolingio, la emergencia del nuevo monacato en la Italia del siglo XI, luego extendido al norte, y la aparición de las beguinas y los mendicantes en el siglo XIII. Esta división no deja de ser forzada, pues muchos de los capítulos traspasan estos límites cronológicos.

La variedad temática es uno de los puntos fuertes de la obra. Los monasterios son un magnífico observatorio de la Edad Media y, por ello, han sido estudiados desde la historia social, económica, de género, de la música o del arte, por arqueólogos, filólogos, canonistas o teólogos; todos ellos aportan su visión a este libro.

Este Occidente latino se identifica preferentemente con el espacio del Imperio carolingio y sus sucesores, junto con la Inglaterra normanda. Las editoras han intentado corregir este sesgo, tradicional en la historiografía, añadiendo el estudio de una serie de monacatos periféricos, desde el irlandés o anglosajón al visigodo, del sur de Italia a la Europa central y nórdica, en cronologías variadas. Así, se dedican dos capítulos a la evolución del monacato irlandés, desde sus orígenes a la Baja Edad Media, pero solo se trata el monacato hispano-vi-

sigodo, a pesar de que el altomedieval (siglos VIII-XI), bien conocido por los estudios de García de Cortázar entre otros, es claramente diferente del carolingio y postcarolingio. Los autores de los capítulos dedicados a estos monacatos tienden a destacar sus puntos de contacto con otros espacios europeos, poniendo de manifiesto el hecho de que no son un fenómeno tan diferente. Esta idea confluye con la de quienes estudian el ámbito «central», que subrayan las diferencias entre unos monasterios y otros, rompiendo con los modelos tradicionales, hasta el punto de que varios optan por hablar de «monacatos», en plural.

El primer tomo se centra en los siglos IV-XI. Su primera parte, los siglos IV-VII, no se limita al Occidente latino, pues la mitad de sus trabajos dedican todas o buena parte de sus páginas al Oriente mediterráneo. Fue allí donde nació el monacato, donde se generaron los modelos, las prácticas y los textos que se trasladaron a occidente, y sin los que sería imposible entender este. La idea fundamental de esta sección es la diversidad del primer monacato, el rechazo a la visión de Benito de Aniano, retomada por los historiadores benedictinos, de que fue meramente un precedente del monacato cenobítico, benedictino y masculino. Desde Egipto a Asia Menor surgieron comunidades ascéticas muy diferentes, que experimentaron con distintas prácticas e ideas; muchas acabaron extinguiéndose y otras progresaron; unas fueran calificadas de heterodoxas (David Brakke), otras de parasitarias, de mala conducta moral o vagabundo. Albrecht Diem y Claudia Rapp lo describen como un «laboratorio monástico».

Los textos escritos por y sobre estas comunidades, ya bajo la forma de relatos hagiográficos, ya de compilaciones de consejos o normas, circularon desde fecha temprana. Parte fueron escritos o traduci-

dos al latín, convirtiéndose en la base del monacato occidental, mientras que otros no salieron del ámbito helénico o siriaco (Anne-Marie Helvétius). Se subraya la necesidad de estudiar el conjunto de textos, no solo los más conocidos, así como de compararlos y observar los diferentes modelos de monacato que proponen autores como Atanasio de Alejandría y Jerónimo en sus vidas de Antonio y Pablo (Roberto Alciati). Las diferencias entre las reglas responden al descontento con preceptos anteriores, a nuevas formas de ver la relación con el mundo exterior, a los distintos fundamentos teológicos de la comunidad (Albrecht Diem, Philip Rousseau). Si Benito de Aniano buscaba subrayar los puntos en común, la investigación actual se centra en las discrepancias, pero también en las relaciones en estas «comunidades textuales».

Las comunidades paleocristianas generaron las prácticas de vida que caracterizaron los siglos siguientes, como la dedicación a la oración y al canto de los salmos, en diferentes momentos del día y la noche, en múltiples formas y combinaciones en oriente y occidente, aunque el triunfo del monacato benedictino en el mundo carolingio tiende a imponer un modelo (Peter Jeffery). También entonces nació la oración intercesora por los difuntos, que se desarrolló en el mundo carolingio y post-carolingio, fomentando la clericalización de la comunidad monástica (Gordon Blenemann). La vida del monje en el monasterio es analizada a través de las costumbres altomedievales: Isabelle Cochelin recorre los distintos espacios, del claustro al patio exterior, para conocer cómo se interpretaba la regla.

La segunda parte, siglos VIII-XI, se centra en las reformas: el intento de *correctio* carolingia, cuyos resultados fueron limitados, puso la base de las reformas locales de los siglos siguientes. Se rechaza la idea de

homogeneidad benedictina, de decadencia y reforma desde unos pocos centros. Por el contrario, se subraya la diversidad de cada monasterio, de cada reforma, enraizada en la sociedad y los problemas locales: el monacato cluniacense no impregna todos los cenobios ni ámbitos de la vida religiosa y cultural, es más bien la excepción (Felice Lifshitz, Rutger Kramer, Steven Vanderputten). En este contexto, Jesse Billet aborda los cambios litúrgicos, con la romanización de la liturgia franca primero y la benedictinización de la liturgia monástica después. John Contreni analiza el sentido reformador de las escuelas monásticas y de su programa de enseñanza, que explica la selección de manuscritos copiados. La actividad intelectual de los monjes se manifiesta también en el derecho canónico, como ejemplifican los penitenciales o la defensa de la «libertad romana» (Christof Rolker).

El monacato visigodo abre los capítulos dedicados a la «periferia» del monacato latino. Pablo Díaz insiste en la dimensión social de los monasterios del noroeste hispano, con especial atención a las peculiaridades de la Regla Común y el Pacto. Lisa Bitel expone la evolución del monacato irlandés desde la cristianización al siglo XII, sus importantes cambios, la reforma de los Céli Dé, y, en especial, su estrecha unión con la sociedad y la organización política irlandesa. El monacato anglosajón se caracteriza, en un primer momento, por los *minsters*, donde se fusiona la vida monástica y la función pastoral, y, en el siglo X, por la reforma benedictina; Christopher Andrew Jones muestra la relación y continuidad entre ambas manifestaciones. Valerie Ramseyer destaca la personalidad del monacato de la Italia meridional, donde conviven formas griegas y latinas, con una fuerte presencia de los anacoretas. La influencia de estos ascetas, y del monacato bizantino en general, sobre el movimiento eremítico reformista

italiano del siglo XI es abordada por John Howe. En cuanto a los límites orientales de la cristiandad latina, Janneke Raaijmakers revisa la participación de los monjes en la evangelización de Germania, Escandinavia y Hungría. Si en el primer caso los monasterios sirvieron de base para esta labor, en el ámbito escandinavo surgieron cuando el cristianismo ya estaba bien asentado.

La relación de la comunidad monástica con el mundo exterior es objeto de dos capítulos. Isabelle Rosé se centra en la compleja y estrecha relación con la aristocracia laica, no limitada a los monasterios propios, antes de que los reformadores del siglo XI la denunciasen y rompiesen. Jean-Pierre Devroey huye de la imagen de una economía autárquica para destacar la influencia en su entorno. Estos capítulos tienen su paralelo bizantino en el de Michel Kaplan, aunque este dedique muchas páginas a los siglos X-XV.

Los aspectos sociales están también muy presentes en la atención prestada al monacato femenino. Maria Chiara Giorda estudia la relación entre las monjas egipcias y sus familias, cómo influyen en su profesión, el mantenimiento de los vínculos de sangre y la creación de otros espirituales que los imitan. En occidente, Eliana Magnani destaca el papel de las vírgenes y viudas de la aristocracia que, sin abandonar el ámbito doméstico, llevan una vida ascética y consagrada a Dios, y cuyo rastro puede seguirse desde el siglo IV al XI. Isabelle Réal compara la relación de monjes y monjas con el trabajo desde una perspectiva de género, poniendo de relieve las diferentes tareas que podían realizar. La diversidad del monacato dúplice, de sus orígenes y formas, es revisada por Alison Beach y Andra Juganuru, que siguen su evolución hasta el siglo XII, preocupadas por cómo nacen estas comunidades, cómo se justifican y cómo gestionan la interacción entre los sexos.

La perspectiva espacial es otra de las grandes preocupaciones de la obra. Las excavaciones arqueológicas en Oriente y Occidente han permitido conocer cómo eran los primitivos monasterios (Darlene Brooks Hedstrom, Hendrik Dey, Sébastien Bully, Eleonora Destefanis). Se localizan en lugares habitados, incluso en ejes de comunicaciones, lejos del tópico hagiográfico del desierto. Reaproveen antiguos asentamientos y emplean técnicas arquitectónicas locales, lo que dificulta distinguir un monasterio de un poblado laico. El mayor tamaño de los primeros monasterios orientales, en comparación con los occidentales, refleja la dimensión de sus respectivas comunidades. Otra diferencia es la tendencia a «comunalizar» el espacio desde el siglo VII en Occidente, con la aparición de dormitorios o refectorios comunes frente a la vida en las celdas. Michel Lauwers estudia la construcción del espacio monástico para ver cómo se van organizando las edificaciones en torno al claustro desde el siglo IX, pero también cómo se crea el espacio mental de los monjes en torno a su iglesia y su claustro, cómo se sacraliza el territorio en torno al monasterio. Adam Cohen aborda la relación entre el espacio arquitectónico y sus funciones, atendiendo al significado en la vida de los monjes de los objetos o pinturas que lo llenan. Sus trabajos los complementan, en el segundo tomo, el de Alexandra Gajewski y Stefanie Seeberg sobre el arte en las iglesias monásticas de los siglos XII al XIV, y el de Hedwig Röckelein, que muestra las posibilidades del estudio de los paisajes monásticos.

El segundo tomo de la obra se inicia a mediados del siglo XI, centrándose en el XII-XIII. La revisión historiográfica de John Van Engen revela el origen de los numerosos tópicos del «esplendor» del siglo XII, que han sido deconstruidos por los recientes estudios, con una relectura de

las fuentes y la crítica de las narrativas que forjaron (Lauren Mancía). En cambio, la historiografía de los siglos XIII-XV destaca la interacción entre el monasterio y el «siglo», patente en las reformas pero también en el contacto entre monjes y laicos, en la presencia de los monjes en las universidades y la proyección de su espiritualidad fuera del monasterio (Elisabeth Lusset, Bert Roest).

Gert Melville sintetiza sus trabajos sobre la institucionalización de las órdenes religiosas en los siglos XII y XIII, el paso del guía carismático a la norma flexible, la adaptación a unas necesidades cambiantes, la construcción de identidades de grupo y de sistemas de control. Ello se refleja en un cambio en la tipología de las fuentes, muy variadas, con un gran desarrollo de los textos ligados a la gestión (Lauren Mancía, Cécile Caby). En los límites de este monacato, se dedican sendos capítulos a los eremitanos (Kathryn Jasper, John Howe) y a los canónigos regulares (Ursula Vones-Liebenstein) de los siglos IX al XI, a ver sus semejanzas y diferencias con los monjes. Igualmente se aborda el desarrollo de los conversos, sus actividades y modelos de integración en la comunidad monástica (Megan Cassidy-Welch).

Complemento del eremitismo fue la reclusión, más frecuente en mujeres que en hombres a lo largo de toda la Edad Media (Paulette L'Hermite-Leclercq). Fue una práctica apenas regulada, no codificada en la liturgia. Su decadencia coincide con el desarrollo de las beguinas desde el siglo XIII, que pretenden una vida espiritual activa en un mundo laico, y cuyo desarrollo dependió de la protección de las autoridades urbanas (Alison More, Anneke Mulder-Bakker). La problemática del monacato femenino es observada desde la perspectiva de la liturgia (Gisela Muschiol), de la repercusión de la clericalización del cenobitismo masculino

y de la multiplicación de misas en la vida de las monjas, pues obligaba al contacto con presbíteros monjes o capellanes (Fiona Griffiths). En los siglos XII y XIII se diversificó la vida religiosa femenina, que el Papado buscó institucionalizar a través de nuevas órdenes adscritas a las masculinas, no sin tensiones (Cristina Andenna).

La relación del monasterio con su entorno social y económico se refleja en la revisión de la economía de los monasterios por Constance Berman, donde rebate los tópicos asociados a los cistercienses. Las estrategias de fundación de las familias emergentes de la aristocracia y su control de los monasterios locales continuaron después de la reforma del siglo XI, entre la cooperación y el conflicto (Jonathan Lyon). Además, los monasterios estaban abiertos a los laicos a través de sus hospitales para viajeros, enfermos o leprosos. Allí desarrollaron un rol asistencial y médico que, en origen, estaba dirigido a la atención de los miembros de la propia comunidad (Elma Brenner). En el marco eclesiástico, Tristan Sharp muestra los numerosos conflictos por los derechos del obispo en el monasterio, pero también su papel de protector frente a los laicos.

El monacato periférico pierde peso en este segundo tomo, dada la difusión de las órdenes religiosas que reducen las diferencias. No obstante se dedican sendos capítulos al espacio centroeuropeo (Emilia Jamrozik) e irlandés (Colmán Ó Clabhaigh). Si para el primer espacio se destaca la adaptación de los modelos occidentales a las necesidades locales, en el segundo se presenta como un monacato de colonización en contacto con las antiguas formas autóctonas. Al margen de ello, son más las semejanzas que las diferencias, lo que permitiría su integración en un estudio general sin mayores problemas que para otros espacios.

La dimensión cultural del monacato es abordada en varios capítulos. Constant Mews revisa el concepto de teología monástica y su conexión con las escuelas de París o Laon. La importancia del sermón y la homilía en la formación y vida de los monjes, así como la predicación pública, es estudiado hasta el siglo XII por Timothy Baker y Beverly Kienzle, y para la Baja Edad Media por James Clark y Kate Bush. James Clark también se encarga de la presencia de los monjes en las universidades, de la fundación de colegios y de las materias estudiadas. Eva Schlotheuber y John McQuillen muestran los libros presentes en los distintos espacios del monasterio, el desarrollo de las bibliotecas monásticas y la influencia de la invención de la imprenta o las reformas en su composición. No hay que olvidar el papel de la liturgia: los nuevos cantos y otras composiciones expresan la identidad del monasterio; la liturgia abarca todas las facetas de su vida, desde la devoción a la formación (Susan Boynton).

La crisis o decadencia del monacato bajomedieval es otro tema en proceso de revisión. Fueron los monjes reformadores de esos siglos quienes difundieron tal idea para legitimar su proyecto (Bert Roest). La literatura satírica, surgida en ambientes reformistas del siglo XII y luego popularizada, contribuyó al desprestigio del monacato (Sita Steckel). Las visitas realizadas por las órdenes o por los obispos, que destacan lo escandaloso en el terreno económico o

moral, han de ser también evaluadas en su contexto, pues los monasterios seguían atrayendo las donaciones de los laicos (Christian Knudsen). También es necesario estudiar estas reformas en el contexto de los conflictos locales por el poder, como ejemplifica Sigrid Hirbodian para el caso alemán.

Finalmente, hay que señalar que cada capítulo, de una extensión de entre quince y veinte páginas, incluye una breve bibliografía final, dominada por las obras en inglés, de forma secundaria por trabajos en francés, alemán e italiano, y, solo puntualmente, en otros idiomas. Ello no quiere decir que los autores no hayan utilizado otros trabajos, como se muestra en las notas, ni que los de la bibliografía sean necesariamente los más destacados en cada tema cuando se refieren a otros ámbitos lingüísticos; tan solo muestra las preferencias del público al que la obra se dirige. La variedad de lenguas del espacio estudiado sigue siendo una barrera importante en los estudios sobre el monacato. Esta es una de las razones de la escasa representación del espacio ibérico en el libro, la otra sería el predominio de los estudios locales y regionales en nuestra historiografía. Otra característica de la obra es la indicación del año de fallecimiento de los personajes citados, lo que facilita su seguimiento, a pesar de algún pequeño descuido.

Carlos M. REGLERO DE LA FUENTE
Universidad de Valladolid